HUMANISMO Y RELIGION EN LOS SABIOS DE ISRAEL (I)

INTRODUCCION

1.—Marco oriental.

La sabiduría no fue patrimonio de Israel.

Su origen «se pierde en la noche de los tiempos y se remonta a las primeras manifestaciones del espíritu» (H. Renard) [1]. Las composiciones más antiguas que conocemos, tanto de Mesopotamia [2] como de Egipto [3], se remontan hasta la mitad del tercer milenio a.C. La Biblia

1 *La Sainte Bible* (L. Pirot - A. Clamer), v. VI (Paris 1946) p. 16.

2 Entre las obras más importantes de la literatura sapiencial egipcia y que presentan parecidos con la literatura sapiencial bíblica, pueden citarse: *Las Instrucciones de Shuruppak* (ca. 2000 a.C.) que contiene consejos de un padre a su hijo Ziusudra (el héroe del diluvio en la versión sumeria); los sumerios tienen una rica literatura proverbial. La *Sabiduría de Ahikar*, compuesta en Mesopotamia hacia el s. VII, tuvo gran difusión en el Oriente Antiguo; es mencionado en la versión griega de Tb 1, 21 ss. Contiene consejos a un sobrino a quien pretende preparar para que le suceda en el cargo (fue Canciller de los reyes asirios Senaquerib y Asaradón) sobre la necesidad de la disciplina para la educación. Tiene sentencias parecidas con algunas de Proverbios. El poema del *Justo paciente*, hallado en la biblioteca de Asurbanipal (s. VII), en que un noble personaje, llamado Shubshimeshreshakkán, describe la serie de calamidades que le acaecieron, no obstante haber cumplido bien con sus deberes (semejanza con Job). *Diálogo sobre la miseria humana* (o *Teodicea babilónica*) (ca. 1000), entre un hombre que sufre y un amigo compasivo (semejanza con Job y con Qo). *Diálogo del pesimismo*, entre un amo y su esclavo (más parecido con Qo).

3 Entre las obras más importantes de la literatura sapiencial egipcia y que más parecido tienen con la bíblica pueden mencionarse: La *Enseñanza de Ptahhotep*, visir del rey Izezi, de la dinastía V (ca. 2450), que contiene consejos a su hijo a fin de que le suceda en el trono. La *Enseñanza del rey Akhtoi para su hijo Meri-ka-re* (ca. 2100) en que le da normas de gobierno en circunstancias complicadas por las que entonces pasaba la historia de Egipto, y contiene proverbios típicos. La *Instrucción de Amen-em-het* (ca. 1960) dirigida a su hijo y sucesor, en que se queja del desengaño sufrido por la actitud del pueblo a quien había favorecido y le recomienda firmeza en el gobierno y prudente desconfianza hacia todos. La *Instrucción de Ani* a su hijo Chon-su-hotep (¿ca. 2260-2222?: VIII dinastía; más probablemente ca. 1200-1085: XX dinastía), contiene recomendaciones generales sobre la educación. La *Instrucción de Amen-em-opet* (ca. 1085-800; Budge la hace remontar a la XVIII dinastía: 1580-1314) presenta un parecido sorprendente con la primera colección de los sabios de Prov 22, 17-24, 22; tanto que se afirma

Universidad Pontificia de Salamanca

hace mención de la sabiduría de los hijos del Oriente, de Babilonia, de Egipto [4]. Y la sabiduría oriental ejerció siempre fascinación sobre pueblos e historiadores; los griegos manifestaron su admiración por ella [5].

Su *Sitz im Leben* fue sin duda en un principio la familia misma, en la que los padres, instruidos por la experiencia, trasmitían a sus hijos consejos de sabiduría práctica [6]. Después también la corte real donde los gobernantes reunieron hombres inteligentes que con sus consejos les ayudasen en la tarea de gobernar a sus súbditos. Estos formaron la clase social de los «sabios» que elaboraron escritos sapienciales con la finalidad de proporcionar a sus hijos una buena educación, a veces con la pretensión de prepararlos a que les sucediesen en el cargo que ellos ocupaban en la corte [7]. Dado que esta sabiduría tenía por objeto al hombre en cuanto tal, y se basaba en la experiencia y la reflexión, tenía un carácter universal por lo que surge en los diversos pueblos y pasa fácilmente de unos a otros.

Su *contenido* está constituido generalmente por normas de conducta de orden individual, familiar y social. También de carácter moral; se recomienda a veces una cierta ascética frente a los placeres con el fin de no verse decepcionado por ellos. Aparecen incluso creencias religiosas: politeísmo (a veces con una cierta tendencia hacia el monoteísmo), la creación del mundo por los dioses, la justicia y misericordia de éstos para con los hombres, la retribución en el más

comúnmente su dependencia respecto del escrito egipcio; cf. A. Marzal, *La Enseñanza de Amenemope*. Traducción y comentario (Madrid 1965). Más recientemente la *Enseñanza de Onkh-Sheshonq-qy* (s. V-IV a.C.), que supone el fondo económico y moral de Prov 25-27; da consejos respecto del rey, los padres y la mujer; cf. B. Gemser, 'The Instructions of Onkhsheshonky and Biblical Wisdom Literature', VTSup VII (1960) 102-45. El concepto central de la sabiduría egipcia es la «maat»: la «verdad» o el «orden establecido por Dios», al cual debe el hombre acomodar su conducta. Características de la sabiduría egipcia es que se dirige más a funcionarios y escribas que al público en general. Para comparación entre la sabiduría israelita y egipcia, cf. H. H. Schmid, *Wesen und Geschichte der Weisheit* (Berlin 1966); M. García Cordero, *Biblia y legado del Antiguo Oriente* (BAC, Madrid 1977) pp. 577-634 (textos egipcios y mesopotámicos y textos bíblicos correlativos).

4 Cf. Gen 41, 8 ss.; Ex 7-11; 1 Re 4, 30; Is 47, 10; Jr 10, 7; 47, 7.

5 Cf. Herodoto, *Hist.*, II, 4; Diodoro de Sicilia, *Hist.*, I, 16.96.98.

6 R. B. Y. Scott pone de relieve el papel fundamental del padre educador de los hijos en el hogar como origen y expansión de la literatura sapiencial, el cual pudo influir incluso en la terminología de las escuelas de sabiduría (advierte la frecuencia con que el «hijo mío» introduce los consejos de sabiduría. Cf. *Proverbs* (*The Anchor Bible*) (New York 1965) pp. XL-LII (*International Wisdom ant Its Literature*).

7 Así Ptah-hotep cuando se siente anciano, pide permiso al rey e instruye a su hijo para que pueda sucederle con éxito. Igualmente Onkh-Sheshonq, previendo que su encarcelamiento será largo. Cf. B. Genser, *a. c.*, p. 107.

Universidad Pontificia de Salamanca

allá (que si bien tiene relación con la conducta del hombre, se hace dependender frecuentemente de fórmulas de carácter mágico). Por lo demás, aunque la sabiduría oriental sea fruto de una atenta observación sobre la experiencia y se dirija al hombre más a nivel de consejo que de prescripción, no es totalmente profana; las normas de conducta que propone responden, tanto en la literatura mesopotámica como en la egipcia, a un ordenamiento divino que cubre el universo entero, y al que el hombre ha de someterse si quiere ser feliz [8].

Veremos que en Israel la sabiduría, por razones obvias, fue sacralizándose cada vez más, mientras que en los demás pueblos conservó más su matiz humano, y vino a restringirse a la ciencia de la escritura y la gramática.

2.—Marco biblico.

Para comprender la importancia de la literatura sapiencial y la misión que llevaron a cabo los Sabios de Israel en la revelación anticotestamentaria y en la historia de la salvación, es preciso encuadrarla en el ambiente histórico-religioso en que se desarrolló.

Si bien en todas las etapas de la vida de Israel hubo quienes cultivaron la sabiduría, de modo que encontramos composiciones de índole sapiencial en diversos escritos bíblicos [9], la época propiamente tal de los Sabios comienza después del exilio [10]. Tuvieron, por lo mismo, que ejercer su misión en una de las etapas más difíciles y críticas de la Historia de Israel.

8 Para la sabiduría como género literario, cf. L. Alonso Schökel, 'Genera litteraria', VD 38 (1960) 3-11 (noción de «género literario»); A. Colunga, 'Los géneros sapienciales', en *Los géneros literarios en la Sagrada Escritura* (Flors., Barcelona) 191-218; J. L. Creshaw, 'Method in determining Wisdom influence upon «Historical» literature', JBL 88 (1969) 132: la define como la búsqueda de la comprensión de sí mismo en relación con las cosas (sabiduría natural: dominio de las cosas), con los demás (sabiduría jurídica: ordenamiento de la sociedad) y con el Creador (sabiduría teológica: Dios significado último de la vida).

9 Cf. Gen 1-3; 37, 2 ss.; Jue 9, 7-15; 14, 12 ss.; 1 Sm 10, 22; 1 Re 5, 10 ss.; 2 Re 14, 9; Jr 18, 18.

10 Se incluyen en los Libros Sapienciales: Job, Salmos, Proverbios, Qohelet, Cantar, Eclesiástico (Ben Sirac) y Sabiduría. Los más típicamente sapienciales son Proverbios, Ben Sirac y Qohelet. Job no es gnómico en cuanto a la forma, pero trata de un problema que preocupó grandemente a los sabios. Sabiduría es más bien de carácter filosófico, pero da la solución al problema de la retribución que no llegaron a descubrir los sabios precedentes. Cantar es un poema lírico, y lo mismo el Salterio, del que solamente unos diez salmos pertenecen al género sapiencial.

Universidad Pontificia de Salamanca

a) *Durante la etapa anterior,* presidida por la institución monárquica y el Profetismo, Israel había vivido en condiciones diferentes. Su vida se desarrolló bajo un régimen teocrático, con una concepción sacral del mundo. Yahvé es el Dios de Israel, de cuya existencia no se duda y cuya providencia todo lo dirige; se da un ateísmo práctico, pero no en modo alguno teórico. La Alianza es la que regula en todos los órdenes, religioso y social, las relaciones de Dios con su pueblo, que se hace norma de conducta en la ley de Moisés. El pueblo es quien en realidad cuenta, no el individuo que ha de seguir la suerte favorable o desfavorable, en el premio y el castigo, de la comunidad. Israel vive con la esperanza puesta en el futuro mesiánico, fomentada por los profetas, pero sin la conciencia clara de una vida feliz en el más allá.

b) *Durante la etapa sapiencial,* después del exilio:

En el *aspecto humano* había desaparecido el Reino con sus instituciones. El año 587 el rey babilonio Nabucodonosor conquistó la ciudad de Jerusalén, hizo quemar el palacio real y el Templo y deportó, después de dar muerte a los principales del Reino en Ribla, lo mejor de la población a Babilonia. Después de permanecer unos 50 años en el destierro, los israelitas vuelven a Judea donde hubieron de soportar sucesivamente el yugo de los persas, de los Lagidas de Egipto, de los Seléucidas de Siria y finalmente el de los romanos. ¿Dónde quedaban —debieron preguntarse muchas veces los judíos— las promesas de su Dios sobre la perpetuidad del reino davídico?

En el *orden religioso,* el destierro había dado lugar a una profunda reflexión que convenció a los israelitas de que su misión no eran glorias terrenas y dio origen a una auténtica comunidad religiosa que volvió al país de Canaán dispuesta a continuar el cometido para el que Dios había escogido a Israel. Pero faltaban los Profetas, aquellos grandes colosos del espíritu que mantuvieron al pueblo en el cumplimiento de la Alianza. Israel se ve sometido al influjo político, cultural y religioso de los pueblos que le dominan. A partir de la época helenista (que dura desde el año 333 hasta el 63 a.C.) va creciendo el influjo del helenismo que trata de suplantar las tradiciones israelitas por las costumbres paganas del helenismo. Y entretanto no llegaba la revelación del más allá, con sus premios y castigos, que aclarase dudas y sirviese de punto de apoyo a los espíritus que pre-

Universidad Pontificia de Salamanca

tendían permanecer fieles a la fe de sus antepasados [11]. En este ambiente llevan a cabo su tarea trascendental los Sabios de Israel.

I.—SABIDURIA HUMANISTA DE LOS SABIOS DE ISRAEL

(Aportación humanista al concepto de hombre ideal)

1.—Origen y ambito de esta sabiduria.

a) Dios, ser sapientísimo, creó el universo con su sabiduría. Así lo refleja el primer capítulo del Génesis y lo afirma expresamente el profeta Jeremías: «El es quien hizo la tierra con su poder... y con su inteligencia expandió los cielos» (10, 12). Esa sabiduría quedó impresa en las obras de la creación, peculiarmente en el hombre, creado a imagen de Dios (Gen 1, 27) y en los preceptos de Yahvé a Israel [12]. El hombre, dotado de inteligencia, es capaz de descubrir esa sabiduría que manifiestan las obras de la creación y los aconteceres de la historia.

b) *Israel,* como todos los pueblos, observó e intentó penetrar la naturaleza de las cosas con el fin de ordenarlas a su provecho, y observando las repetidas experiencias intentó deducir normas prácticas de conducta en orden a conseguir una vida feliz. Así se originaron dichos sapienciales que en el hogar —también en Israel ámbito natural y primario, preescolar y preurbano— los padres fueron trasmitiendo a sus hijos de generación en generación [13].

11 Para el marco histórico, político y religioso de la época sapiencial, cf. J. Bright, *La Historia de Israel* (Desclée, Bilbao 1966) pp. 429-90; E. Cavaignac - P. Grelot - J. Briend, 'Le cadre historique de la Bible', en *Introduction à la Bible.* Edition nouvelle, II (Desclée, 1973) pp. 53-84; P. R. Ackroyd, *Exile and Restoration* (London 1968); Idem, *Israel under Babylonia and Persia* (Oxford 1970); M. J. Lagrange, *Le Judaïsme avant Jésus-Christ* (Paris 1931); B. Lifschitz, 'L'hellénisation des Juifs de Palestine', RB 72 (1965) 520-38.

12 «Como Yahvé, mi Dios, me ha mandado, yo os enseño preceptos y normas... Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de estos preceptos, dirán: Cierto que esta nación es un pueblo sabio e inteligente» (Dt 4, 5 s.). Cf. Sir 24.

13 «El elemento característico de esta *sabiduría primitiva* es que en ella —contrariamente a lo que sucede en la posterior filosofía griega— no se pasa de estas observaciones y experiencias a los últimos principios que son el fundamento de todos los fenómenos. Al sabio no le interesan en primer término los conocimientos especulativos, sino la orientación práctica de la vida. Toda experiencia reputada como válida es expresada, en su singularidad, en una sentencia, adaptándola, mediante una formulación adecuada, para ser fácilmente retenida en la memoria» (G. Ziener, 'La sabiduría del antiguo Oriente, norma de conducta

Universidad Pontificia de Salamanca

La literatura hebrea más antigua nos ha trasmitido adagios y enigmas como «el apólogo de Jotam», que presenta una de las más antiguas composiciones gnómicas de la poesía hebrea (Jue 9, 7-15), «la adivinanza» propuesta por Sansón a los filisteos: «del que come salió la comida / y del fuerte salió la dulzura» (Jue 14, 12 ss.), «el proverbio» a que dio lugar la actitud de Saul cuando, invadido por el Espíritu de Dios, comenzó a profetizar: «¿Con que también Saul entre los profetas?» (1 Sm 10, 12), la «fábula» con que Joás, rey de Israel, contestó a Amasías rey de Judá, ante el desafío de éste (cf. 2 Re 14, 9).

c) El acervo cultural de Israel *obtuvo su más poderoso impulso con Salomón*. Su sabiduría «fue mayor que la sabiduría de todos los hijos del Oriente y que toda sabiduría de Egipto» (1 Re 5, 10). Con ella «pronunció tres mil parábolas y proverbios y sus cánticos fueron mil cinco» (1 Re 5, 12). De modo que «venían de todos los pueblos para oír la sabiduría de Salomón, y de parte de todos los reyes de la tierra que tuvieron noticia de su sabiduría» (1 Re 5, 14). El rey sabio organizó su corte al estilo de las cortes extranjeras llamando a ella varones inteligentes que, como en aquéllas, formaron la clase social de «los sabios». Y como para la organización de aquélla tuvo como modelo la de Egipto (cf. 1 Re 3, 1), seguramente que para la formación de éstos se tuvo en cuenta la literatura sapiencial egipcia.

d) El impulso sapiencial de Salomón y estos cortesanos *se continuó en las cortes siguientes*, como atestigua Prov 25, 1 al introducir la segunda colección de sentencias de Salomón: «También éstas son sentencias de Salomón coleccionadas por los varones de Ezequías, rey de Judá». Entre la actividad literaria de los sabios de Ezequías, que reinó entre los años 716-687, está la de haber reunido proverbios de Salomón que se habían ido trasmitiendo de generación en generación. El sabio rey había pasado a la posteridad como el prototipo de rey sabio, por lo que le fueron atribuidos libros sapienciales muy posteriores a él [14].

para la vida. Nuevo entendimiento y crítica de la sabiduría', en J. Schreiner, *Palabra y mensaje del Antiguo Testamento;* Herder, Barcelona 1972, pp. 347-63, p. 347).

14 Cf. Prov 1, 1; Qh 1, 1.12; Cant 1, 1; Sab 7, 7-11; 9, 7-8.12. Los antiguos tenían un concepto de autor diverso del de la concepción moderna. «En la tradición israelita, a fin de expresar la creencia de que los libros eran santos y habían sido compuestos bajo el impulso del espíritu de Dios, se los relacionaba con nombres importantes del pasado, profetas y sabios, que eran famosos por haber sido instrumentos a través de los cuales el espíritu actuaba. Para los judíos, ésta era su

Universidad Pontificia de Salamanca

e) En Israel estos sabios *formaron una clase social dirigente junto a los sacerdotes y profetas* viniendo a ser como ellos «hombres de Dios» con una misión peculiar que cumplir en el pueblo de Israel: el consejo, como constata Jeremías: «No va a faltar la ley al sacerdote, el consejo al sabio, ni al profeta la palabra» (18, 18). Consejo que ellos no reciben directamente de Dios como recibían sus comunicaciones los profetas, sino que lo deducen de la razón y de la experiencia, lo que da a sus enseñanzas un carácter más profano y también más universal.

f) El *ámbito de la doctrina sapiencial* no es la del culto ni la de los mandamientos de la Ley. Quien de la lectura de los libros históricos y proféticos pasa a la de los sapienciales sentirá la impresión de que se siente en un mundo distinto. Y con razón, ya que los sabios, de la Alianza y el Templo en que lo habían instalado los profetas lo conducen al campo de la reflexión y de la experiencia, de la comunicación más directa con Dios y sus mandamientos al de la introspección sobre sí mismo y al de las relaciones humanas y sociales con los demás hombres. Impresión que sentirá más si se comienza la lectura por las secciones más antiguas de Proverbios [15].

2.—Sabiduria humana en los libros sapienciales.

a) En el libro de los *Proverbios* es donde se encuentra con más frecuencia. Compuesto de nueve colecciones que un último redactor (de quien sin duda es la primera que compuso como introducción a toda la obra) reunió hacia mediados del siglo IV a.C., contiene unos 915 proverbios [16].

1°. Destacan las *colecciones salomónicas* que representan lo más antiguo de la sabiduría israelita. La primera comprende los capítu-

forma instintiva de expresar una profunda verdad. No querían dejar un escrito sagrado completamente anónimo, porque entonces no constaba de su origen a través de un hombre inspirado por Dios» (J. L. McKenzie, 'Some problems in the field of inspiration', CBQ 20 (1958) 1-8, p. 4). Por ello, como advierte R. R. Murphy después de citar el precedente testimonio, los judíos no tenían inconveniente en atribuir a Moisés el Pentateuco o a Salomón los libros sapienciales. Cf. *Com. Bib. S. Jer.*, II, p. 393.

15 «El lector siente que ha abandonado el mundo teocéntrico de los profetas y de los sacerdotes y ha entrado en un mundo antropocéntrico en el que el "hombre" y la "buena vida" reclaman el centro de la atención. Es una ilusión muy real a pesar de ver una verdadera ilusión». (P. F. Ellis, *Los hombres y el mensaje del Antiguo Testamento*. Sal Terrae, Santander 1970, p. 498).

16 Cf. J. H. Greenstone, *Proverbs* (Jewish Publication Society of America, Filadelphia 1950) p. XII.

Universidad Pontificia de Salamanca

los 10-22, 16 y pudo ser reunida un siglo y medio después de Salomón, aunque la redacción definitiva tendría lugar en la época postexílica. La segunda los capítulos 25-29; reunida por los sabios de la corte de Ezequías (25, 1), ofrece proverbios que reflejan, por su forma literaria y contenido, una antigüedad similar a los de la primera [17]. En ellas encontramos sentencias de carácter tan profano como el de las siguientes:

«Amontonar en verano es de hombre sensato,
dormirse en la cosecha es de hombre indigno» (10, 5).

«Vinagre para los dientes y humo para los ojos:
así es el perezoso para quien lo envía» (10, 25).

«Anillo de oro en nariz de puerco,
mujer hermosa, pero sin seso» (11, 22).

«Corazón alegre hace buena cara,
corazón en pena deprime el espíritu» (15, 13).

«Mejor topar con osa privada de sus cachorros,
que con tonto en su necedad» (17, 12).

«Manzanas de oro con adornos de plata,
es la palabra dicha a tiempo» (25, 11).

«Poner vinagre sobre salitre
es cantar canciones a un corazón triste» (25, 20) [18].

2°. Las *colecciones de los sabios* comprenden 22, 17-24, 22 y 24, 23-34. La primera es tal vez de la época preexílica y tiene tan gran parecido con el escrito egipcio «La Enseñanza de Amen-em-Opet» que apenas es posible negar la dependencia de la colección bíblica respecto de ella [19]. En ella leemos:

«No seas de los que chocan la mano,
y salen fiadores de préstamos;
porque si no tienes con qué pagar,
te tomarán el lecho en que te acuestas» (22, 26 s.).

«Si te sientas a comer con poderoso,
mira bien al que está frente a ti;

17 Cf. A. Robert, *Le Yahvisme de Prov 10, 1-22, 1: et 25-29, Memorial Lagrange* (Paris 1940) pp. 179-81; U. Sklandy, *Die ältersten Spruchsammlungen in Israel* (Göttingen 1962) pp. 76-82.

18 Cf. también: 12, 9.24.27; 13, 11.16; 14, 4.28; 15, 17.30; 16.8.24.30; 17, 1.10.22; 19, 15.24; 20, 4, 14.17; 22.13; 25, 12.14.16; 26, 3.14.15.17; 27, 2; 27, 15.

19 Cf. A. Marzal, *La enseñanza de Amenemope* (Madrid 1965) pp. 42-58: textos paralelos del escrito egipcio y de la colección de los sabios israelitas.

Universidad Pontificia de Salamanca

pon un cuchillo a tu garganta
si eres hombre de apetito;
no desees sus manjares,
porque es alimento engañoso» (23, 1-3).

«No mires al vino: ¡Qué buen color tiene!,
¡cómo brinca en la copa!, ¡qué bien entra!
Pero, a la postre, como serpiente muerde,
como víbora pica.
Tus ojos verán cosas extrañas
y tu corazón hablará sin ton ni son» (23, 31-33) [20].

3°. La sección *Proverbios numerales* (30, 15-33) es sorprendente. Su contenido versa sobre las maravillas de la naturaleza y las cualidades de los animales. Y no se encuentra entre ellos ni una sola sentencia de índole religiosa:

«Tres cosas hay que desbordan
y cuatro que no conozco:
el camino del águila en el cielo,
el camino de la serpiente por la roca,
el camino del navío en alta mar,
el camino del hombre en la doncella» (30, 18 s.).

«Hay tres cosas de paso gallardo
y cuatro de elegante marcha:
el león —fuerte entre los animales—
que ante nada retrocede,
el esbelto gallo o el macho cabrío
y el rey que arenga a su pueblo» (30, 29-31).

4°. El *Elogio de la mujer fuerte* (31, 10-31) es un precioso canto a la mujer israelita. En él se ponen de relieve los valores humanos de la mujer como «madre», que se preocupa de la educación de sus hijos, por lo que éstos la proclaman bienaventurada (v. 27 s.); como «esposa» a quien ensalza su marido, el cual a su vez es felicitado por los ancianos cuando se reúnen en las puertas de la ciudad —donde tenían lugar las asambleas— por haber encontrado tal mujer (vv. 23.28); como «ama de casa» en la que se muestra activa, inteligente y laboriosa, con lo que atiende a las necesidades de la casa y adquiere con las ventas de su trabajo otros ricos productos que le permiten a ella y a los suyos mirar con confianza y seguridad el porvenir (v. 25) [21].

20 Cf. también: 22, 24 s.; 23, 6 s.13 s.20 s.; 24, 30-34.

21 Acertadamente advierte H. Laurens: «El autor no ha ido a buscar la mujer fuerte a un trono, ni a un palacio suntuoso, ni en los consejos del rey, ni en medio de las asambleas humanas; va más bien a buscarla en la condición común

Universidad Pontificia de Salamanca

Sólo al final se constata: «La mujer que "teme" a Yahvé, ésa será alabada» (v. 30), en que como conclusión y exhortación final, se coloca por encima de las virtudes naturales la condición religiosa, lo que no desvirtúa el valor de aquéllas, sino que las coloca en su justo lugar. Pero es posible (dado que en el contexto no se habla de religión) que el original dijera (como presenta el texto griego): «una mujer inteligente será alabada» (a lo que el texto griego añade «el temor de Yahvé es lo que hay que ensalzar»). En este caso, lo que el autor intenta contraponer a la belleza es la inteligencia, la habilidad, la capacidad administrativa. Lo del «temor de Dios» «puede ser corrección de un escriba que pensó que en un poema en que se describe la mujer ideal no podía faltar la piedad como elemento de su carácter» (C. H. Toy) [22]. Esto respondería a la etapa posterior en que tenemos el proceso de sacralización de la sabiduría humana. Y es posible que la supuesta adición sea del autor de la Introducción, si el «Elogio de la mujer fuerte» no es obra suya sino de un autor anterior a él, lo que parece más probable.

Podemos decir que la mayor parte de estas colecciones tienen un contenido profano. De sus autores podemos decir que «aparentemente es un hombre de mundo y sus proverbios en su mayoría no son producto de la revelación sino de la experiencia y de la razón. Como todos los sabios urge a sus lectores que se conduzcan en su vida bajo la guía de la sabiduría (1, 2-7) y busquen la sabiduría por medio del estudio, la instrucción, la disciplina, la reflexión, la meditación y el consejo» (P. F. Ellis) [23].

b) El libro de *Qohelet* [24] está escrito hacia mediados del siglo III en un ambiente social muy deteriorado. Los Ptolomeos de Egipto, de

y ordinaria en la cual Dios ha querido colocar a la mujer, es decir, en su misión de esposa, de madre, de ama de casa y hasta de señora de los campos, porque es solamente en esa condición sencilla y modesta en la que ella está llamada a mostrarse fuerte, lo que significa inteligente, activa, previsora, ordenada en todas las cosas, únicamente ocupada en la práctica de sus deberes y de la virtud... Las naciones paganas, que habían asignado a la esposa un grado subalterno y una misión casi obscura en la casa del esposo, jamás tuvieron para la mujer semejantes elogios». (Citado por Girotti en *La Sacra Bibbia* (M. M. Sales - P. G. Girotti) VI (I Sapienziali; Torino 1938) p. 122). Es efecto del humanismo cada vez más elevado que fueron descubriendo los sabios de Israel, en lo que tuvo su influjo sin duda alguna la religión yahvista.

22 *Proverbs* (ICC, Edinburg 1948) p. 549.

23 *O. c.*, p. 513.

24 A Proverbios sigue el libro de Job. De él podríamos considerar el valor que Elifaz da a la experiencia en sus razonamientos y la discusión a que somete Job la validez del orden intramundano. Pero este libro se mueve en otro ámbito del que trataremos en la parte segunda.

Universidad Pontificia de Salamanca

quienes entonces dependían los judíos, se conformaban con percibir el oportuno tributo y los gobernantes de Palestina no disponían de la fuerza suficiente para imponer el orden. Ello daba lugar al ambiente de desilusión y escepticismo que refleja a cada paso el autor de este libro, incluso respecto de la sabiduría.

Aparece en él, sin embargo, una sabiduría práctica que recomienda disfrutar de las cosas terrenas en la medida prudencial que señala el sentido realista: no buscar en ellas más de lo que ellas pueden dar.

> «No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber,
> y disfrutar en medio de sus fatigas. Yo veo —añade—
> que también esto viene de la mano de Dios» (2, 24).

> «Veo que no hay para el hombre nada mejor
> que gozarse en sus obras, pues esa es su paga» (3, 22).

> «Alégrate, mozo, en tu juventud,
> ten buen humor en tus años mozos.
> Vete por donde te lleve el corazón
> y a gusto de tus ojos;
> pero a sabiendas de que por todo ello
> te emplazará Dios a juicio» (11, 9).

Y haciendo una moderada valoración de la sabiduría práctica frente a la insensatez del necio, dice:

> «Más vale oír reproche de sabio
> que oír alabanza de necios.
> Porque como crepitar de zarzas bajo la olla,
> así es el reír del necio:
> y también esto es vanidad.
> El halago atonta al sabio
> y el regalo pervierte el corazón» (7, 5-7).

El contenido de Qohelet responde bien al programa de Prov 1, 6: (Proverbios) «para descifrar enigmas, los dichos de los sabios y sus adivinanzas». Sus proverbios provienen de la experiencia —sólo rara vez acude al temor de Dios— y expresan verdades más o menos generales derivadas de la misma. Pero pone en guardia frente a un excesivo optimismo y recorta los límites de la antigua sabiduría.

c) El *Cantar de los Cantares,* aunque de carácter «lírico» más que sapiencial, contiene una maravillosa valoración del amor humano. Interpretado generalmente como una alegoría para poner de relieve el amor de Yahvé a su pueblo Israel, hoy es cada día mayor el

Universidad Pontificia de Salamanca

número de intérpretes que prefieren ver en este poema, en su sentido literal originario, un canto al amor humano entre el esposo y la esposa con sus exigencias de entrega exclusiva e indestructible:

«Como el lirio entre los cardos,
así mi amada entre las mozas.
Como el manzano entre los árboles silvestres
así mi amado entre los mozos.
A su sombra apetecida estoy sentada,
y su fruto me es dulce al paladar» (2, 2 s.).

«Unica es mi paloma,
mi perfecta.
Ella, la única de su madre,
La preferida de la que la engendró» (6, 9).

«Ponme cual sello sobre tu corazón,
como un sello en tu brazo.
Porque es fuerte el amor como la muerte
implacable como el seol la pasión...
Grandes aguas no pueden apagar el amor
ni los ríos anegarlo.
Si alguno ofreciera
todos los haberes de su casa, por el amor,
se granjearía el desprecio» (8, 6 s.).

«Mi amado para mí, y yo soy para mi amado:
él pastorea entre lirios» (2, 16).

«Yo soy para mi amado,
y hacia mí tiende su deseo» (7, 11) [25].

d) El libro de *Ben Sirac* fue compuesto hacia el año 180 [26], cuando el peligro del helenismo iba caminando hacia su punto álgido que

25 Probablemente el Cantar fue originariamente una pequeña colección de cantos nupciales, que se utilizaba en los días de boda, en que se canta el amor mutuo humano con sus valores y exigencias; un amor, por lo demás, desmitologizado en relación con el ambiente cananeo que concebía la vida sexual a imagen de las relaciones entre divinidades de la fecundidad. Después fue interpretado alegóricamente del amor de Dios a su pueblo aplicando la imagen que se hizo clásica en los profetas. Y en verdad ninguna más expresiva que la del amor entre esposo y esposa para poner de relieve el amor de Yahvé a su pueblo y de ésta a su Dios.

26 Ben Sirac es el único libro sapiencial que nos da datos concretos que permiten fijar con bastante aproximación la fecha en que fue compuesto: en el «prólogo», el nieto del autor, dice haber llevado a cabo la versión griega del libro el año 38 del reinado de Ptolomeo VII Evergetes II que reinó del 170 al 116 a.C.; si, pues, bajó a Egipto el 132 su abuelo habría compuesto el libro hacia el 180. A igual conclusión lleva el elogio que Ben Sirac hace del Sumo Sacerdote Simón (50, 1 ss.) que hace pensar vivió en sus días; se trata de Simón II, hijo de Onías II, que fue sumo sacerdote por los años 200-180.

Universidad Pontificia de Salamanca

tuvo lugar con Antíoco IV Epífanes al profanar el Templo de Jerusalén el año 167. Ben Sirac fue un ardiente defensor de las tradiciones religiosas frente al peligro del paganismo helenista [27], pero reconoce los valores humanos, deduce consejos de los conocimientos que le proporcionaron la experiencia y los viajes, y no tiene inconveniente en aceptar costumbres griegas que no se opongan a la religión israelita. A lo largo de su libro nos presenta máximas de sabiduría al estilo de las colecciones de Proverbios, con la diferencia de que aquí aparecen más desarrolladas y a las motivaciones humanas se añaden con toda frecuencia motivaciones de índole religiosa, lo que responde al proceso de sacralización a que dedicaremos la II parte.

Esto tiene lugar ya en las exhortaciones con que comienzan las diversas secciones del libro [28]. Sirva de ejemplo la de la Sección 3ª de la Parte Primera:

«Hijo, desde tu juventud haz acopio de doctrina,
y hasta encanecer encontrarás sabiduría.
Como el labrador y el sembrador, trabájala,
y cuenta con sus mejores frutos...
al fin hallarás en ella el descanso,
y ella se trocará en contento.
Te serán sus anillas protección poderosa,
y sus collares ornamento glorioso...
Como vestidura de gloria te la vestirás,
te la ceñirás cual corona de júbilo.
Si quieres, hijo, serás adoctrinado,
si te aplicas bien, entenderás de todo» (6, 18-32).

Y también a lo largo de los contenidos de tipo práctico que siguen a cada exhortación:

«No puede justificarse la pasión del impío,
que el impulso de su pasión le hace caer.
Hasta su hora aguanta el que es paciente,
mas después se le brinda contento.
Hasta su hora oculta las palabras,
y entonces muchos labios proclamarán su inteligencia» (1, 22-24).

27 Sobre el problema del judaísmo y el helenismo en la época de Ben Sirac, cf. la obra clásica de M. J. Lagrange, *Le Judaisme avant Jésus-Christ* (Paris 1931) pp. 418-20; M. Hengel, *Judentum und Hellenismus* (Tübingen 1969).

28 Cf. 1, 1 ss.; 4, 11 ss.; 6, 18 ss.; 14, 20 ss.; 16, 24 ss.; 24, 1 ss.; 33, 7 ss.; 39, 16 ss.; 42, 15 ss.; 44, 1 ss. Son puntos de referencia para una división que facilita la lectura de este libro monótono.

Universidad Pontificia de Salamanca

«Por sus palabras el sabio se hace grande
y el hombre sensato a los grandes agrada.
El que cultiva la tierra llena hasta arriba su granero,
el que agrada a los hombres expía la injusticia.
Presentes y regalos ciegan los ojos de los sabios,
como bozal en boca ahogan los reproches.
Sabiduría escondida y tesoro invisible,
¿qué provecho hay en ambos?
Más vale hombre que oculta su necedad,
que hombre que oculta su sabiduría» (20, 27-31) [29].

e) El libro de *La Sabiduría,* compuesto hacia principios del siglo I, presenta una panorámica distinta de la de los otros Sapienciales. Su tema fundamental es la sabiduría desde la perspectiva moral (premio y castigo del más allá: cc. 1-5), especulativa (revelación suprema anticotestamentaria respecto de la sabiduría: cc. 6-9) e histórica (beneficios que en la historia concedió Israel en sus orígenes de pueblo escogido: cc. 10-19). Y se la relaciona constantemente con Dios y los valores religiosos. Más que de la sabiduría humana, se trata de la sabiduría divina; es ésta la que supera a la sabiduría de los filósofos griegos con la que el autor de La Sabiduría ha pretendido establecer un diálogo.

No obstante, también se ponen de relieve los valores de la sabiduría humana, como ocurre en el discurso que el autor pone en boca de Salomón:

«Decidí, pues, tomarla como compañera de mi vida,
sabiendo que me sería una consejera para el bien
y un aliento en las preocupaciones y penas:
Tendré gracias a ella gloria entre la gente,
y, aún joven, honor ante los ancianos.
Apareceré agudo en el juicio
y en presencia de los poderosos seré admirado...
Gracias a ella tendré la inmortalidad
y dejaré recuerdo eterno a los que después de mi vengan.
Gobernaré a los pueblos, y las naciones me estarán sometidas...
Oyendo hablar de mí, soberanos terribles temerán.
Me mostraré bueno entre las muchedumbres y valiente en la guerra.
Vuelto a casa, junto a ella descansaré,

29 Cf. también 3,3-16.26-29; 4, 1-10.29-31; 5,9-6, 4; 7, 6-21; 8, 1-7.10-19; 11, 7-11; 14, 3-19, etc. Ben Sirac que da tanta importancia al estudio y a la experiencia, añadirá: «Por la bendición del Señor me he adelantado y como viñador he llenado el lagar» (33, 17). Fue sabio «por la gracia de Dios» (Alonso Schökel), en *Proverbios y Eclesiástico* (LLS, Madrid 1968) p. 285).

Universidad Pontificia de Salamanca

pues no causa amargura su compañía
ni tristeza la convivencia con ella,
sino satisfacción y alegría» (8, 9-16).

Es digna de notarse la actitud que adopta el autor de La Sabiduría y su argumentación contra los ídolos.

El autor es un judío alejandrino y, por lo mismo, más abierto que los judíos palestinenses. Sintiéndose seguro de su fe, intenta establecer un diálogo no ya con el humanismo sino con la misma filosofía que imperaba en Alejandría, llevar a cabo una síntesis en que se esfuerza por integrar en la Revelación bíblica los valores griegos que juzgó auténticos [30].

En cuanto a la argumentación contra los ídolos, esperaríamos que acudiese al decálogo y presentase como argumento máximo la prohibición por parte de Yahvé (Ex 20, 3 ss.). Sin embargo, acude sencillamente al sentido común y a base de él presenta la más fina ironía contra ellos; pone de este modo de relieve la actitud ridícula de quienes construyen los ídolos y se postran ante ellos en demanda de ayuda. Esto apenas hubiera sido posible en los tiempos del Exodo por su ambiente sacral, pero ahora nos encontramos en un ambiente en el que la razón ha adquirido su autonomía.

Podemos concluir que en los orígenes de la literatura sapiencial la sabiduría pertenece al nivel humano y es fruto de la experiencia y de la reflexión del hombre sobre ella. Sus sentencias constituyen un manual del saber vivir y conducirse con acierto en las múltiples y variadas circunstancias de la vida. Cierto que «al igual que cualquier religión civilizada, la israelita no concibe una moral independiente de las ideas religiosas. Al contrario, por el conocimiento que tenemos de la concepción israelita de Dios, deberíamos esperar que en ella el derivar la conducta moral de la voluntad divina se lleve a cabo con un rigor especial... A pesar de todo, también dentro de esta moralidad tan deudora de factores religiosos se da importancia al *reconocimiento de unas normas* que rigen la conducta con cierta autonomía, sin que haya que recurrir para cada una de ellas en

30 «Trata de lograr una síntesis entre los dos humanismos, el antropocéntrico de los griegos y el teocéntrico de los hebreos, desbordando los matices puramente éticos de la sabiduría para incluir la erudición profana del helenismo (7, 7-20)». (A. G. *Wright, Com. Bib. S. Jer.*, II, p. 567). Cf. C. Larcher, *Etudes sur le Livre de la Sagesse* (Paris 1969) pp. 181-236 (influencias helenísticas); J. M. Reese, *Hellenistic Influence on the Book of Wisdom and its Consequences* (AnB 41, Roma 1970).

Universidad Pontificia de Salamanca

concreto a un mandamiento divino. Existe, por tanto, una esfera en la que la conducta humana está sujeta a un deber que es incondicional sencillamente porque se le considera de validez absoluta en sí mismo. Esto suele suceder siempre que la moralidad descansa sobre una vida popular desarrollada; y en el punto en que surge una conciencia moral general tenemos, naturalmente, la *moral popular*» (W. Eichrodt) [31].

3.—EXIGENCIAS Y CONTENIDOS DE LA SABIDURIA HUMANA.

a) *Presupone la apertura del hombre a la reflexión y dictámenes de la sabiduría.*

Los sabios presentan a la sabiduría dirigiéndose en viva exhortación al hombre a que acepte dócilmente sus instrucciones, poniendo de relieve ante sus ojos los beneficios que disfrutará si se deja conducir por sus dictámenes. Exhortación que se hace más apremiante en la Introducción a Proverbios y en cada una de las introducciones que preceden a las diversas Secciones del Eclesiástico, a que siguen numerosas sentencias de sabiduría humana.

«La sabiduría clama por las calles,
por las plazas alza su voz,
llama en la esquina de las calles concurridas,
a la entrada de las puertas de la ciudad pronuncia sus discursos...
Convertíos por mis reprensiones:
voy a derramar mi espíritu para vosotros,
os voy a comunicar mis palabras» (Prov 1, 20-23).

«Feliz el hombre que se ejercita en la sabiduría,
y que en su inteligencia reflexiona,
que medita sus caminos en su corazón,
y sus secretos considera.
Sale en su busca como el que sigue el rastro,
y en sus caminos se pone al acecho...» (Sir 14, 20-22).

Esta apertura a la sabiduría implica reflexión sobre la historia y tradición profética y sobre la experiencia. La reflexión es propia de los sabios. Estos no tratan de imponer sus enseñanzas como hacían los profetas, sino que invitan constantemente, bajo una u otra forma, a la reflexión que lleva al convencimiento personal. La reflexión ha de versar, por supuesto, sobre la tradición histórica y profética, a la

31 *Teología del Antiguo Testamento*, II (Cristiandad, Madrid 1975) p. 317.

Universidad Pontificia de Salamanca

que no faltan alusiones ni siquiera en las colecciones más profanas [32]. Pero ante todo sobre la experiencia de cada día, la cual hace detectar la sabiduría práctica, el orden establecido por Dios en la creación, lo que tiene lugar incluso en un libro tan sacralizante como lo es el libro de Ben Sirac. Este lo expresa de una manera gráfica en la perícopa que dedica a la experiencia que le proporcionaron sus viajes por el extranjero:

«Hombre que ha corrido mundo sabe muchas cosas,
el que tiene experiencia se expresa con inteligencia.
Quien no ha pasado pruebas poco sabe,
quien ha corrido mundo posee gran destreza.
Muchas cosas he visto en el curso de mis viajes,
más vasta que mis palabras es mi inteligencia.
Bien de veces he estado en peligro de muerte,
y me salvé gracias a todo esto» (34, 9-12).

El no escuchar la interpelación de la sabiduría puede tener muy graves consecuencias: «...os he llamado y no habéis querido... habéis despreciado mis consejos... también yo me reiré de vuestra desgracia... cuando os alcancen la angustia y la tribulación. Entonces me llamarán y no responderé, me buscarán y no me hallarán (Prov 1, 24-28).

b) *Exige el autodominio que se obtiene —y manifiesta— mediante la disciplina en los múltiples campos de la vida humana.*

El arquetipo ideado por los sabios, y que se encuentra ya (por lo que a este rasgo se refiere) en la sabiduría del Antiguo Egipto, es el hombre dueño de sí mismo, el hombre que controla sus afectos y sus instintos, que no se deja vencer por ningún tipo de desorden, que se mantiene sereno frente al fogoso e iracundo, el hombre de «sangre fría» (Prov 17, 27).

«La historia de José, completamente sapiencial, nos presenta este arquetipo humano en toda su perfección: en efecto, nos va mostrando en escena la figura de un joven que con disciplina, comedimiento, inteligencia, dominio de sí mismo y temor de Dios da a toda su persona una forma y un modo auténticos, y tanto en la gloria como en la adversidad permanece siempre el mismo. Ante el faraón como un sagaz adivino, frente a sus hermanos como el silencioso que domi-

32 Cf. Prov. 10, 3; 11, 1; 12, 22; 14, 9.21.26 s.31.34; 15, 8; 16, 3.20.33; 17, 15; 19, 17; 21, 3; 26, 2; 28, 1.13; 29, 4 s., etc.

Universidad Pontificia de Salamanca

na sus afectos y por último como magnánimo que cubre con amor todas las ofensas» (Aureo Sánchez) [33].

El medio para conseguirlo es «la disciplina» (*mûsar*). Dado que el hombre sufre un desequilibrio interior y se siente fuertemente atraído por las concupiscencias, no adquirirá ese dominio y señorío de sí mismo sino mediante el vencimiento propio, la disciplina. Es la «paideia» de los griegos que, aplicada originariamente a la educación de los niños, pasó a significar en tiempo de los sofistas el ideal de formación espiritual y corporal [34]. Los autores de Proverbios llaman a esta disciplina «camino de vida» (6, 23); «va por senda de vida el que acepta la corrección, el que no la acepta va por camino falso» (10, 17).

Señalemos algunos campos de acción en que hay que aplicar la disciplina en orden a conseguir el autodominio. Sólo algunos porque son tan numerosos y variados como el ámbito de las actividades del hombre, y a casi todos ellos se hace alusión a lo largo de la literatura sapiencial. Aquéllos en los que los sabios insisten de modo peculiar, bien por la importancia de los mismos en orden a la educación, bien por la dificultad que entrañan habida cuenta de las inclinaciones del hombre.

1°. *La comida y la bebida.*

Los sabios recomiendan repetida y encarecidamente la moderación en la comida y la bebida, con expresiones tan gráficas como la citada de Prov 23, 1 s.: «si te sientas a comer con poderoso... pon un cuchillo a tu garganta si eres hombre de apetito». Y Ben Sirac da consejos tan mesurados como: «Recuerda que es cosa mala tener un ojo ávido... Come como hombre bien educado lo que tienes delante, no te muestres glotón, para no hacerte odioso. Termina el primero por educación, no seas insaciable, y no tendrás tropiezo...» (31, 13-17).

Y esto no sólo por motivos de educación, sino también por otros motivos tan humanos como: mantener la salud y evitar efectos tan perjudiciales como son el perder la cabeza y proferir cosas sin ton ni son (Prov 23, 31-35), evitar la «amargura del alma» (Bir 31, 29),

33 *La Etica de los sabios de Israel* (Estudio de moral bíblica) (Casa de la Biblia, Madrid 1970) p. 122.

34 Al principio designa el castigo, el azote (cf. Prov. 13, 24), después el efecto del castigo, la corrección (cf. Jr 5, 3; 7, 28). Más tarde pierde su sentido originario y se emplea como sinónimo de sabiduría (*jokmâh*) e inteligencia (*bînâh*). Cf. F. Zorell, *Lexicon hebraicum et aramaicum VT* (Roma 1968) p. 418.

Universidad Pontificia de Salamanca

el empobrecimiento (Prov 21, 17; 23, 21), la enfermedad (Sir 31, 22), las iras y altercados (Sir 20, 1; 23, 29 s.), la muerte prematura (Sir 37, 31).

Pero Ben Sirac, con su buen humor, no deja en olvido los beneficios de tomar el vino con moderación: «¿Qué es la vida a quien le falta el vino, que ha sido creado para contento de los hombres? Regocijo del corazón y contento del alma es el vino bebido a tiempo y con medida» (31, 27 s.).

2°. *Los instintos sexuales.*

Un hombre dueño de sí mismo, disciplinado, ha de dominar sus tendencias sexuales, ha de mantener firme la fidelidad matrimonial y evitar la poligamia. Los sabios advierten por una parte la afrenta y consecuencias a que pueden llevar los instintos no dominados, en particular las del adulterio [35], y por otra los motivos —tanto humanos como religiosos (cf. Prov 2, 17)— que deben impulsar a la continencia. Motivos a veces nuevos, como en el caso del adulterio que la ley prohibe por violación del derecho ajeno y los sabios condenan también como falta de continencia.

Debido a ello, Ben Sirac pide: «Que el apetito sensual y la concupiscencia no se apoderen de mí, no me entregues al deseo impúdico» (23, 6). La madre de Lemuel encabeza sus consejos a su hijo rey de Massá con esta advertencia: «No entregues tu vigor a las mujeres, ni tus caminos a las que pierden reyes» (Prov 31, 3). A quienes provocan la ira de Dios, advierte el autor de Proverbios, él los abandona a la lujuria y sus consecuencias (24, 14).

Los sabios realizan en este campo un progreso y manifiestan una peculiar originalidad en relación con la normativa legal y práctica del matrimonio. Al varón correspondía más bien la elección; el hombre podía dar libelo de repudio (Dt 24, 1 ss.); y la poligamia, que profesaron incluso patriarcas y reyes, estuvo en vigor durante todo el tiempo del Antiguo Testamento. (Fue permitida por los rabinos, se restringió hacia el año 300 y se suprimió en el siglo XI). Pues bien, la corriente sapiencial va descubriendo una nueva y más elevada antropología y, en consecuencia, una praxis de nivel humano y moral superior, que sin llegar a constituirse ley, lleva a un ideal que tras-

35 Así ya en las primeras exhortaciones de Prov dirigidas a los jóvenes: 2, 17-19; 5, 1-23; 6, 20-35; 7, 12-17. Cf. también las apremiantes exhortaciones de Ben Sirac a evitar sus peligros y consecuencias: 9, 3-9; 25, 20; 41, 20-22.

Universidad Pontificia de Salamanca

ciende la normativa jurídica. Esta aparece en la reflexión sapiencial de Gen 1-3, en el conjunto de los libros sapienciales y particularmente en el Cantar de los Cantares:

En Gen 1-3 tenemos una reflexión sapiencial antigua, elaborada en la época salomónica por el yahvista (cc. 2-3), reformulada en la época postexílica por el documento sacerdotal (c. 1). Esta define al ser humano como «imagen de Dios» y presenta al hombre y la mujer como realizadores de una tarea común, la procreación (vv. 26-28). En aquélla queda reflejada la igualdad y complementariedad del hombre y la mujer y la mutua pertenencia y unión que se realiza en el encuentro amoroso. Y podría verse el carácter monogámico e indisoluble de modo implícito en cuanto que no se prevé otra posibilidad. (La desarmonía vendrá después, como consecuencia del pecado; cf. Gen 4, 19). Los *libros sapienciales* ensalzan a la mujer prudente y pudorosa y le reconocen su plena dignidad de persona considerándola, por lo mismo, como objeto digno de la elección del marido; ponen de relieve que el amor y la coincidencia en las cuestiones fundamentales es la base y fundamento del matrimonio y que el «amor primero», el amor de la juventud, es el elemento estabilizador de la realidad matrimonial; advierten que ese amor exige fidelidad, exclusividad y totalidad, lo cual excluye el adulterio, la poligamia y el divorcio. Es decir, la mujer supera la imagen de posesión del marido y encargada de darle hijos, para alcanzar el rango de persona independiente, compañera y señora del hogar con quien el hombre comparte la existencia. (Cf. sobre todo Prov 31, 10 ss.) [36]. Añadamos que el *Cantar de los Cantares* se mueve en esa misma realidad sapiencial. Más aún, en él resaltan la exclusividad (cf. 2, 2-3; 6, 8 s.), la indestructibilidad (8, 6 s.) y la complementaridad mutua (2, 16; 7, 11) [37].

3°. *El dominio de la lengua.*

Ben Sirac hace una constatación realista cuando pregunta: «¿Quién

36 Cf. Prov 5,15-20; 11, 16; 12, 4; 18, 22; 19.14.24; 31, 10 ss.; Qo 4, 9; 9, 9; Sir 7, 19; 26, 1-4; 26, 1 ss.13-18; 36, 21, 21-27; 40, 23; Sb 8, 2.9.16.

37 Es el ambiente en que se mueven matrimonios de la etapa sapiencial, como el de Job, Tobías, Judit, etc., que constrastan con los de los patriarcas y reyes. «El matrimonio polígamico se corresponde mal con una concepción que ve en la mujer, igual que en el hombre, una persona llamada a la responsabilidad, y tanto la adquisición de esposa mediante el pago de una dote como el que el derecho de divorcio sólo se reconozca al varón implican la persistencia de una inferioridad de la mujer y contribuyen, sin duda, a que se olvide su dignidad personal y se la considere objeto y propiedad del varón» (W. Eichrodt, o. c., p. 324). La enseñanza de Cristo en Mt 19, 1-9 no supone tan gran salto como a veces se supone; había sido preparada ya en parte por la literatura sapiencial.

Universidad Pontificia de Salamanca

no ha pecado con la lengua?» (19, 16). De ahí la necesidad de la disciplina en este campo.

Los sabios hacen una valoración de la discreción en el hablar, incluso en la oración (no multiplicar las palabras; Qo 5, 1), advirtiendo que «en el mucho hablar no faltará el pecado» (Prov 10, 19). Del siempre dispuesto a hablar dicen que «más se puede esperar de un necio que de él» (Prov 29, 20). En cambio, «quien vigila su boca, guarda su vida» (Prov 13, 3). Por lo que recomiendan evitar el trato con quien «tiene lengua suelta» (Prov 20, 19) [38].

Entre sus exigencias mencionan: la veracidad en todas las circunstancias de la vida (Prov 6, 17; 12, 19.22), evitar la mentira, la calumnia y el falso testimonio: «testigo veraz no miente, testigo falso respira mentiras» (14, 5) [39], y evitar la lisonja inspirada en la perfidia (Prov 26, 24 s.).

Finalmente, ponen de relieve las consecuencias del buen y mal uso de la lengua: «muerte y vida están en poder de la lengua» (Prov. 18, 21). Por ello, «quien vigila su boca, guarda su vida; quien abre sus labios, busca su ruina» (Prov 13, 3); «manantial de vida la boca del justo; la boca de los impíos rezuma violencia» (Prov 10, 11); «lengua mansa, árbol de vida; la perversidad en ella es rotura en el espíritu» (Prov 15, 4); «una respuesta suave calma el furor, una palabra hiriente aumenta la ira» (Prov 15, 1; cf. 11, 9; 12, 19). Ben Sirac hace una viva presentación de las consecuencias de meter la lengua en vidas ajenas en 28, 15 ss. [40].

4°. *La obediencia.*

Los sabios insisten constantemente en la recomendación de la obediencia. Debido, sin duda, a que les preocupa peculiarmente la formación de la juventud, y a las dificultades que su cumplimiento entraña, por lo que resulta un excelente campo de ejercicio para conseguir el autodominio.

Recomiendan, en concreto, a los hijos honrar a los padres y escuchar sus consejos, lo que proporciona larga vida (Sir 3, 7; cf. Ex 20, 12),

38 Cf. Prov. 11, 2 s.; 12, 14.18 s.23; 13, 2; 15, 1 s.4; 16, 24; 17, 27; 20, 15; 21, 23; 23, 9; 24, 26; 25, 11.15; 29, 20, etc.

39 Cf. 10, 18; 14, 5.25; 17, 23; 18, 5; 19, 5.28; 21, 28; 24, 28; 25, 18; 26, 28.

40 En ningún otro campo insisten tanto los sabios como en éste. En realidad el dominio de la lengua lleva consigo el dominio de la vida (Prov 18, 26). Consciente de ello el sabio ora a Dios le libre de la mentira y de la palabra engañosa (Prov 30, 8). Santiago tiene semejantes consejos contra la intemperancia en el hablar: cf. Sant 3, 2-12.

Universidad Pontificia de Salamanca

la expiación de los pecados (Sir 3, 3), el ser atendido en su oración (Sir 3, 6). Para quienes maldicen a sus padres o los maltratan tiene Prov la más dura expresión: «lo picotearán los cuervos del torrente, los aguiluchos lo devorarán» (30, 17: supone la privación de sepultura, lo que constituía la mayor ignominia entre los israelitas).

A los padres inculcan la importancia de la obediencia en la formación de los hijos, y recriminan toda negligencia en el cumplimiento de esta tarea (cf. Sir 30, 1-13), en la que han de emplear, si fuera preciso, los castigos corporales: «odia a su hijo quien da paz a la vara» (Prov 14, 24) [41].

c) *Comporta también aspectos intelectuales, pero sobre todo el arte de conducirse en la vida y un conjunto de virtudes humanas que constituyen el hombre «honrado».*

1°. **El hombre ha** de esforzarse por adquirir la ciencia especulativa, la cual implica el «*saber*», el conocimiento, la inteligencia. El autor de Sabiduría hace decir a Salomón que Dios le concedió «un conocimiento verdadero de los seres para conocer la estructura del mundo y la actividad de los elementos» (7, 17). A ella se refiere Ben Sirac cuando exclama: «La arena de los mares, las gotas de la lluvia, los días de la eternidad, ¿quién los podrá contar?» (1, 2). Implica también la «*agilidad mental*», la perspicacia para entender enigmas y comparaciones (tan frecuentes en los sabios). Es una finalidad que el autor de Prov consigna en su prólogo: «(Sentencias) «para descifrar proverbios y enigmas, los dichos de los sabios y sus adivinanzas» (1, 6). Y Ben Sirac constata que «el corazón del prudente medita los enigmas, un oído que le escuche es el anhelo del sabio» (3, 29). La razón de que los sabios no insistan en el aspecto intelectual radica en que no tienen en su antropología una distinción clara entre el «ethos» y la «inteligencia».

2°. Pero más todavía el hombre ha de procurar poseer la ciencia práctica para conducirse con acierto en las tareas de la vida, la cual comprende: la «*sagacidad*» e ingenio, habilidad para triunfar

41 Como advierte W. Eichrodt, «llama la atención la abundancia de dichos referentes a los deberes de los hijos con los padres... sobre todo si se compara con el número de los de la literatura extrabíblica... es lógico preguntarse si no será el Dios del quinto mandamiento (en el original «cuarto: der Gott des Elterngebots im Dekalog») —el cual en cuanto padre es el modelo de toda paternidad— quien ha iluminado aquí a los hombres para que comprendan la especial importancia de la piedad con los padres» (*o. c.*, p. 339).

Universidad Pontificia de Salamanca

tanto en la vida privada como en sus relaciones con los demás. «Más vale sabiduría que fuerza... más que armas de combate» (Qo 9, 16.18); es con la sabiduría como se construye la casa y como se llena de todo bien precioso y deseable, y con los consejos de los sabios como se hacen con éxito las guerras (Prov 24, 3-6). Implica también «*aptitudes didácticas*»: dado que el hombre sabio no debe guardar ocultos los tesoros de la sabiduría, sino que debe comunicarlos sin envidia (Sab 7, 13) y debe proclamarlos por las calles y plazas de modo que pueda llegar a todos (Prov 1, 20 ss.), precisa de aptitudes didácticas para «sembrar ciencia» (Prov 15, 7) de modo que quien preste oídos y escuche sus palabras (Prov 22, 17) pueda aprender sabiduría. A estas aptitudes hay que añadir la «*elocuencia*», la «gracia en el decir»: los labios del sabio han de ser como «vaso precioso» (Prov 20, 15), cuyas palabras estén llenas de gracia y benevolencia (Prov 10, 32) y cuyos consejos resulten «palabras suaves, panal de miel, dulces al alma, saludables al cuerpo» (Prov 16, 24), de modo que hagan agradable la sabiduría (Prov 15, 2).

3°. Y sobre todo la sabiduría humana bíblica comporta la rectitud moral, la práctica de las virtudes y la huida de los vicios, lo que llamaríamos la «*honradez humana*». «Nada más ajeno a la sabiduría bíblica que las vanas elucubraciones sin trascendencia directa en la regulación de la conducta; defecto grave de que adolecían, al menos en la realidad práctica, gran parte de los sistemas filosóficos griegos y aún de todos los tiempos, salvo los que otorgan a la ética el alto rango que se merece como Aristóteles y los Estoicos» (D. Gonzalo Maeso) [42].

El hombre ideal en la concepción de los sabios de Israel deberá adoptar las siguientes actitudes:

a') Como *persona* individual deberá ser un hombre «*alegre*», dotado de buen humor: «Corazón alegre hace buena cara, corazón en pena deprime el espíritu» (Prov 15, 13; cf. Qo 7, 14; Sir 30, 21-25). «*Diligente y laborioso*», a semejanza de la hormiga y la abeja (Prov 6, 6-11; 20, 4); el trabajo es factor de riqueza y proporciona una mejor forma de vida [43], mientras que la pereza lleva a la ruina [44], por lo que el

42 *La Sabiduría bíblica. Su concepto, naturaleza y excelencias* (Granada 1953) (amplio estudio sobre las diversas facetas de la sabiduría bíblica).

43 Cf. Prov. 10, 45; 12, 11; 14, 3; 14, 23; 20, 13; 24, 3; 28, 19; Qo 2, 24; 3, 13; 5, 17; 8, 15; 9, 10; Sir 7, 22.27a; 22, 1 s., etc.

44 Cf. 15, 19; 20, 4; 24, 30-34; 26, 13-16.

Universidad Pontificia de Salamanca

hombre sabio no debe rehuir ni los trabajos penosos (Sir 7, 15); el hombre perezoso es un insensato (Prov 6, 9-11; Qo 4, 5). *Magnánimo,* en el perdón de las ofensas, lo que supone un gran corazón y un gran dominio; Ben Sirac recomienda: «Sea cual fuere su agravio, no guardes rencor al prójimo y no hagas nada en un arrebato de violencia» (10, 6) [45]; y también: «perdona a tu prójimo el agravio, y, en cuanto lo pidas, te serán perdonados tus pecados» (28, 2). *Valiente y tenaz,* en defensa de la verdad (Sir 4, 28); ante las pruebas, porque «en el fuego se purifica el oro, y los aceptos a Dios en el honor de la humillación» (Sir 2, 5); en el cumplimiento de cuanto la conciencia manda hacer o evitar, sin avergonzarse de ello (cf. Sir 41, 20-42, 8). *Prudente y cauto;* como virtud cardinal, la prudencia ha de estar presente en todas las actitudes del hombre; no hay clase de personas (amigos, enemigos, hombres temerarios, mujeres peligrosas, etc.), cosas o circunstancias (pobreza, riqueza, fianza, hospitalidad, negocios, los mismos sentimientos interiores) respecto de las cuales no tengan los sabios su consejo adecuado. Por lo que a las «riquezas» se refiere, la norma del sabio es de una prudencia e ingeniosidad admirables (la «áurea mediocridad»): «No me des pobreza ni riqueza, déjame gustar mi bocado de pan, no sea que llegue a hartarme y reniegue, y diga: ¿Quién es Yahvé?; o no sea que, siendo pobre, me dé al robo, e injurie el nombre de mi Dios» (30, 8 s. Agur). Por lo demás el hombre sabio ha de ser buen administrador de su casa (Prov 14, 4; 27, 23-27; cf. 31, 10-31), haciendo de la riqueza un bien para sí y para los demás (Sir 14, 11-26) y evitando los peligros que ella lleva consigo: la avaricia (Sir 14, 3-7), las preocupaciones excesivas (Sir 31, 1-2) [46]. Los sabios descienden hasta detalles, recomendando la «*sensibilidad ante las cosas pequeñas*»: «un obrero bebedor nunca se enriquecerá; el que desprecia las cosas pequeñas poco a poco caerá» (Sir 19, 1), *los sentimientos humanitarios con los animales*: «el justo se cuida de su ganado, pero las entrañas de los malos son crueles» (Prov 12, 10).

b') En *relación con el prójimo* [47] deberá ser *amable de carácter,* en

45 Cf. Prov 24, 20; 20, 22; Sir 10, 6; 27, 30; 28, 9. La venganza hay que dejarla en manos de Dios, que es quien conoce el interior de los corazones y dará a cada uno su recompensa. Cf. Rom 12, 19-21.

46 Cf. Sir 11, 10; 27, 1-3; 31, 5 ss. También advierten sobre las riquezas adquiridas rápidamente: Prov 13, 11; 28, 20.22.

47 Los sabios no se limitan a dar consejos al hombre en el plano individual, sino que sus consejos abarcan también la vida familiar y social. Consideran al hombre en su condición total.

Universidad Pontificia de Salamanca

sus palabras y actitudes (Sir 4, 7.30), con lo que puede impedir graves males (Qo 10, 4). Ben Sirac añadirá que ello complace a Dios (1, 27). *Sincero y leal,* sobre todo con los amigos (Prov 20, 19; Sir 22, 22), y particularmente en la guarda de los secretos (Sir 27, 16-21); hay que evitar toda doblez de ánimo, que acarrea desventura (Prov 12, 19; Sir 27, 22-29) y toda hipocresía, que resulta detestable (Sir 1, 29; 27, 22-29). La piedad y la lealtad es algo que debe acompañar constantemente a quien quiera ser sabio; por eso el autor de Proverbios recomienda: «átalas a tu cuello, escríbelas en la tablilla de tu corazón. Así hallarás favor y buena acogida a los ojos de Dios y de los hombres» (3, 3 s.). *Respetuoso con los bienes ajenos,* evitando el robo, lo que «perturba la casa de quien lo realiza» (Prov 15, 27), el cambiar los linderos para hacerse con lo que no es suyo (Prov 22, 28; 23, 10), siendo fiel en las pesas y medidas (11, 1; 16, 11). *Imparcial en los juicios,* lo que supone no tener acepción de personas (Prov 18, 5; 24, 23), hacer justicia al pobre y desvalido; es un consejo que la madre de Lemuel da a su hijo (Prov 31, 8 s.). Es inicuo quien acepta regalos para torcer las sendas del derecho (Prov 17, 23). Y abominable a los ojos de Yahvé quien absuelve al rico y condena al inocente (Prov 17, 15). *Sensible ante la opresión del débil;* Prov hace la siguiente constatación: «(Hay) gentes cuyos dientes son espadas y sus mandíbulas cuchillos para devorar a los desvalidos... y a los pobres» (30, 14). Y recomienda: «no despojes al débil porque es débil, ni aplastes al desdichado (22, 22). Y es que es propio del hombre sabio «conocer la causa de los débiles» (Prov 29, 7). Y del rey que hace justicia a los humildes se dice que hace firme su trono (Prov 29, 14). Ben Sirac exhorta a «inclinar el oído al pobre, y arrancar al oprimido de las manos del opresor; sé padre —continúa— con los huérfanos, haz con su madre lo que haría el esposo» (4, 8-10). Por lo demás despreciar al pobre es ultrajar a su creador (Prov 14, 21.31; 17, 5) [48].

En particular el hombre, según los sabios, ha de practicar con su prójimo la «*justicia*» y el «*amor*» que han de ser la base y fundamento último de sus relaciones con él:

Lo mismo que los profetas, los sabios insisten en la práctica de la justicia; de la justicia que no es simplemente una de las virtudes cardinales, sino que comprende toda la vida honrada y santa. Entre sus exigencias enumeran, además de las anteriormente indicadas (res-

48 Cf. la actitud de Job descrita en 29, 15-17. Ben Sirac añadirá que «la oración del humilde atraviesa las nubes» (35, 17).

Universidad Pontificia de Salamanca

peto a los bienes ajenos, guarda de los secretos) el respeto a la fama y honor del prójimo, que implica evitar la maledicencia y la calumnia (Sir 26, 5) y sobre todo el falso testimonio que los sabios condenan con frecuencia y severidad [49], y por supuesto el respeto a la vida ya que la muerte del inocente clama al cielo. Puede decirse que los sabios condenan la injusticia bajo todas sus formas. Y en algunos casos con la máxima severidad, como en el caso del fraude del salario al obrero: quien tal hace es un insolente.

El amor al prójimo comporta el evitarle el mal como es el odio, el desprecio, la envidia, las discordias, las contiendas, etc.; quien realiza tales cosas se hace mal a sí mismo (Sir 7, 1), será condenado (Sir 19, 5) y sufrirá la venganza del Señor (Sir 28, 1). Y hacerle positivamente el bien, perdonándole la ofensa que pueda haber cometido, con lo que se consigue el perdón de las propias (Sir 28, 2); corrigiéndole fraternalmente (Sir 19, 14: amonesta a tu prójimo; quizá no ha dicho nada, y si lo ha dicho para que no lo repita»); sobre todo ayudándole en su necesidad con toda obra de misericordia (Prov 14, 21; 28, 27), lo que expía los pecados y atrae la bendición de Dios (Prov 19, 17).

c') También para las relaciones *familiares y sociales* tienen los sabios sus consejos específicos. Por lo que a las primeras se refiere ya consignamos las recomendaciones a los *padres* sobre la educación de los hijos y las advertencias a los *hijos* acerca de su obediencia a los padres. A los *esposos* inculcan el amor y fidelidad en el matrimonio (Prov 5, 15-21) que, como ya hemos constatado, ellos suponen monogámico. Consideran tesoro inestimable la mujer buena, graciosa y prudente (Prov 11, 16; 12, 4; Sir 36, 24-27) que es don de Dios (Prov 18, 22; 19, 14), mientras que resulta inauguantable la quisquillosa, iracunda, rencillosa, desvergonzada: «mejor es vivir en la esquina del terrado, que casa en común con mujer litigiosa» (Prov 21, 9) [50]. Los *señores* deben preocuparse del bien físico y moral de los *siervos* (Prov 29, 19.21; 31, 15 ss.); Ben Sirac recomienda tratar al siervo como hermano «porque has menester de él como de ti mismo» (33, 31-33). Hay siervos que sólo con el castigo obedecen (Prov 29, 19); otros, en cambio, son dignos de ser asociados a los hijos (17, 2); Ben Sirac dice que no se ha de maltratar al siervo que trabaja fielmente y se ha de amar como a sí

49 Cf. Prov 6, 19; 12, 17; 14, 5-25; 19, 5.28; 21, 28; 24, 27; 25, 18.
50 Cf. Prov 11, 22; 12, 4; 19, 13; 21, 19; 25, 24; 27, 15.

Universidad Pontificia de Salamanca

mismo al criado prudente y no privarlo de la libertad (7, 20 s.). A los *reyes* recomiendan hagan reinar entre sus súbditos la justicia y el derecho (Prov 29, 4; 31, 5); la preocupación por los pobres y humildes (Prov 29, 13; 31, 8 s.); les advierten que es con la justicia y la equidad como asegurarán la estabilidad del trono (Prov 16, 12; 29, 4) y conseguirán la grandeza y prosperidad para sus pueblos (Prov 14, 34; 29, 2). Deberá escoger hombres inteligentes que le asesoren en las circunstancias difíciles, como la guerra (Prov 20, 18; 24, 6). Ben Sirac llama la atención sobre el influjo de la conducta del rey en la de sus súbditos y cómo un rey sin la debida instrucción lleva a la ruina a su pueblo (10, 2 s.). Los *súbditos* han de procurar no provocar la ira del rey [51]. Para los *amigos* los sabios tienen preciosos consejos: han de amarse sinceramente en toda circunstancia y ser como verdaderos hermanos en las desventuras (Prov 17, 17; 18, 24); Ben Sirac constata que «no se demuestra en la prosperidad el amigo... y en la adversidad hasta el amigo se aleja» (12, 8 s.; 37, 1-6); han de permanecer fieles a la amistad probada por el tiempo (Prov 27, 10; Sir 9, 10) [52]; han de encubrirse los mutuos defectos (Prov 17, 9) y no buscar en la amistad el mero propio provecho (Prov 19, 4; Sir 22, 23). Pero el hombre ideal en la concepción de los sabios ha de profesar amor y benevolencia incluso con los *enemigos:* «No te alegres por la caída de tu enemigo, no se goce tu corazón cuando se hunde» (Prov 24, 17); «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; así amontonas sobre su cabeza brasas y Yahvé te dará la recompensa» (Prov 25, 21 s.) [53]. Job en su apología después de los discursos, dice: «¿Me alegré del infortunio de mi enemigo y me gocé de que le sobreviniera la desgracia?» (31, 29).

4.—Motivaciones de esta sabiduría humana.

Los sabios proponen, incluso en las colecciones más antiguas, motivos elevados como son el temor de Yahvé, el bien del prójimo, las postrimerías, que podrían llevarnos a la esfera moral y religiosa. Pero la mayoría de las veces proponen motivos como el honor y la gloria, las riquezas, la benevolencia de los hombres, la «vida» feliz

51 Los súbditos en aquellas sociedades en que los señores podían disponer de su vida podían poner ésta en peligro: cf. 16, 14 s.; 19, 12; 20, 2; 24, 21.

52 Ben Sirac tiene preciosos consejos en torno a la amistad: 6, 5-17; 7, 18; 8, 19; 9, 10; 12, 8-18; 22, 19-26; 37, 1-6.

53 San Pablo cita esas palabras recomendando la caridad con todos, incluso con los enemigos (Rm 12, 20).

Universidad Pontificia de Salamanca

y próspera que viene a incluir el conjunto de bienes que el hombre puede disfrutar en la tierra. En una ocasión Ben Sirac parece considerar el buen nombre como el supremo bien a que el hombre puede aspirar: «Preocúpate de tu nombre, que eso te queda, más que mil grandes tesoros de oro. La buena vida tiene un límite de días, pero el buen nombre permanece para siempre» (41, 12 s.).

Es claro que no se podía pedir más a quienes ignoraban la existencia de un premio y un castigo más allá de la vida del hombre sobre la tierra. La época en que fueron formuladas las máximas de sabiduría humana distaban varios siglos de la plenitud de los tiempos, en que el Hijo de Dios llevaría a cabo la revelación plena tanto en el orden doctrinal como en el de las exigencias prácticas morales. Sólo el libro de la Sabiduría —pero ya a principios del siglo I a.C.— ofreció una motivación más elevada al constatar la retribución después de la muerte y poner de relieve los preciosos contrastes entre la suerte futura, en el más allá, de los justos y de los impíos [54]. Y ciertamente resulta admirable la conducta de los sabios israelitas en medio de la ignorancia de tal premio y castigo después de la muerte [55].

Se ha venido haciendo hincapié en el carácter «egoísta» de las recomendaciones de los sabios. Ultimamente se ha reflexionado sobre el particular y se ha llegado a conclusiones un tanto distintas: parece haberse encontrado una motivación más profunda y menos egoísta de lo que se pensaba.

No tratamos ahora del conjunto de las sentencias de los sabios, ni del principio o principios religioso-morales añadidos en un segundo proceso —de sacralización—, sino de la motivación que subyace a las constataciones y consejos de sabiduría humana antes o independientemente de su inclusión en el ámbito de los libros sagrados.

a) Al tratar de determinar la motivación de los consejos de sabiduría humana conviene tener en cuenta varios factores:

1°. En primer lugar hay que advertir que la mayoría de las sentencias de los sabios se expresan no en forma exhortativa —propia de recomendaciones morales—, sino en forma enunciativa —lo que

54 Cf. 3, 1-12; 3, 13-18; 4, 1-6 y 4, 9-17.

55 «Nosotros que, a pesar de poseer una revelación más plena, nos encontramos a veces perplejos ante tantas anomalías e inconsistencias de esta vida, debemos tener simpatía por aquellos primitivos hebreos, que en sus penas y privaciones no tenían la esperanza de una inmortalidad bienaventurada que los sostuviera» (M. Leahy, 'Ecclesiastés', en *Comentario a la S. E.* «Verbum Dei», v. II (Herder, Barcelona 1956) p. 287.

Universidad Pontificia de Salamanca

viene mejor a constataciones tomadas de la experiencia [56]. Ello está en favor de que no se trata de una motivación de orden moral, en el sentido tradicional filosófico-teológico de esta palabra, sino de simples normas de comportamiento sin más alcance que el de orientar sobre el modo de conducirse en la vida práctica. El *sâddîq* que con frecuencia utilizan los sabios no responde al sentido que nosotros damos al calificativo «justo», sino que designa sin más al que cumple esas normas de vida práctica.

2°. En segundo lugar hay que tener en cuenta las circunstancias sociales en las que se elaboran tales consejos, pues influyen sin duda en su motivación. Las conocemos por la historia de Israel. Por una parte, Israel forma una comunidad fuertemente unida por un doble factor. uno «ambiental» que provenía de la época tribal en que los individuos se sentían íntimamente ligados a los otros miembros de la tribu (y la unión tribal de la época de los Jueces permaneció latente en la época monárquica), y otro «religioso» que deriva de la Alianza e hizo de Israel la asamblea de Yahvé (*qᵉhal Yahveh*) (y que se acentuó en la época postexílica). Todo ello originó en Israel un «natural instinto social». Por otra parte, las sentencias de Proverbios reflejan no las circunstancias concretas históricas de Israel —complicadas muchas veces como refleja la predicación de los Profetas— sino los factores constantes de la vida, las situaciones que se suceden y repiten, y han dado normas que valen para todos los hombres (la literatura sapiencial egipcia se dirige preferentemente a los funcionarios); dan la impresión de dirigirse a la clase media de una sociedad estable. Estas circunstancias juegan, evidentemente, un papel importante en la determinación y motivación de las reglas de conducta [57].

56 Más aún, como observa von Rad, habida cuenta de que las recomendaciones se hallan sobre todo en la colección de los sabios (22, 17-23, 11) que se inspira sin duda en la «Sabiduría de Amen-em-opet», podría concluirse que la fórmula exhortatoria no era una forma didáctica genuinamente israelita. Cf. *La Sabiduría en Israel*. Act. Bibl., 31 (Madrid 1973) p. 104.

57 A los precedentes factores, von Rad añade el concepto del «bien» que tenían los israelitas. Estos experimentan el bien como una fuerza, como algo eficaz que determina enteramente la vida y que lleva consigo el bienestar. Concepto común en la antigüedad. Cf. *o. c.*, p. 107 s. En efecto, la sabiduría en un principio consistía sencillamente en distinguir lo bueno de lo malo, lo útil de lo nocivo. Es bueno lo que hace bien y malo lo que hace mal. El porcentaje de sentencias de índole comunitaria es el siguiente: en la primera colección salomónica, cc. 10-15 el 17% (31 sentencias), cc. 16-22, 16 el 13% (25 sentencias); en la segunda colección salomónica, cc. 25-27 17% (14 sentencias), cc. 28-29 el 24% (13 sentencias). Cf. S. Pié y Minot, *La Palabra de Dios en los Libros Sapienciales* (Herder, Barcelona 1972) p. 72.

Universidad Pontificia de Salamanca

b) Habida cuenta de estos datos trataremos de señalar la motivación de las sentencias de sabiduría humana de los sabios.

1º. Los sabios de Israel no presentan principios sino toda una serie de motivaciones concretas, tan amplia como la complejidad de la vida, a veces completamente distintas. Esto se advierte también en los proverbios de dos miembros, y sobre todo en los más amplios que presentan una motivación más explícita y razonada. Podemos comparar tal diversidad en unas cuantas sentencias tomadas al azar:

«Apártate del hombre necio,
pues no conocerías labios doctos» (14, 7).

«Los reyes aborrecen las malas acciones,
pues su trono se afianza en la justicia» (16, 12).

«Pon tu pie pocas veces en la casa del vecino,
no sea que se hastíe y te aborrezca» (25, 17).

«No seas de los que chocan la mano,
y salen fiadores de préstamos:
porque si no tienes con qué pagar,
te tomarán el lecho en que te acuestas» (22, 26 s.).

«No seas de los que se emborrachan de vino,
ni de los que ahítan de carne,
porque borracho y glotón se empobrecen
y el sopor se viste de harapos» (23, 20 s.).

Si quisiéramos buscar una fundamentación común a las sentencias de los sabios no la encontraríamos sino en la experiencia. Bastaba que una norma tuviera como base la experiencia de los antepasados para que tuviese alcance normativo. Como advierte Murphy, «aunque Israel nunca desarrolló realmente una actitud científica ante la naturaleza, los fenómenos observables fueron un obvio arsenal de referencias para establecer comparaciones con la conducta humana. Por supuesto, no se trataba de "leyes naturales"; por tanto había que valorar toda visión que detectara cierta singularidad en la naturaleza» [58]. Los sabios, con su ingenio y reflexión, formularon en proverbios esas experiencias, por lo que bien han podido definirse aquéllos como «sabiduría de muchos e ingenio de uno» [59].

58 *Com. Bíb. S. Jer.*, II, p. 405.
59 Cf. R. A. Dyson, 'Literatura poética y sapiencial', en *Comentario a la S. E.* «Verbum Dei», II (Herder, Barcelona 1956) p. 97.

Universidad Pontificia de Salamanca

Y si buscamos ahora «la motivación» de esos proverbios la encontramos en la pretensión de los sabios de señalar a los israelitas el modo de conducirse con acierto en las diversas situaciones de la vida, de modo que el conjunto de los mismos viene a ser un «Manual práctico del buen vivir». «De la vida de la comunidad, en estrecha conexión con el carácter peculiar y situación del pueblo, con su experiencia histórica y las influencias provenientes del entorno, así como de su vida y mentalidad religiosas surgen un conjunto de reglas e instrucciones al que todo miembro de la comunidad se siente obligado por considerarse base de la comunión misma y condición necesaria para su pertenencia a ella... Norma que deriva su poder de convicción y autoridad del simple hecho de que existe la comunidad del pueblo como base indiscutible de toda vida» (Eichrodt) [60].

2°. Pero con esto no está dicho todo. Observamos que aún en las colecciones más profanas de Proverbios nos encontramos con no pocas sentencias que parecen presentar una motivación religiosa. Ya hemos visto que Israel es la comunidad de Yahvé. Y cuando pretendemos aislar los consejos de mera sabiduría humana tenemos a veces la impresión de hacer una separación un tanto forzada. De hecho el porcentaje de sentencias yahvistas es elevado: en Prov 10-15 el 35,5% (65 sentencias); en 16-22-16 el 30% (57 sentencias); en Prov 25-27 el 2,5% (2 sentencias); en 28-29 el 54% (30 sentencias) [61]. Ahora bien, si las observamos atentamente advertimos que son muy raras las sentencias en las que el motivo es Yahvé como legislador del pueblo, la exigencia de la Alianza o derivación del culto; ni, por supuesto, son presentadas como palabra de Dios al estilo como los profetas presentan sus oráculos. Von Rad advierte que el término que aparece con más frecuencia en las partes más antiguas de Proverbios para designar una acción equivocada *pesha'* no debe traducirse por «pecado» ya que designa un delito contra los hombres [62]. Sirva de ejemplo: «La prudencia del hombre domina su ira, y su gloria es dejar pasar una ofensa» (Prov 19, 11). En la mayoría de la motivación es Dios pero en cuanto autor del orden establecido en el mundo, como ocurre también en sentencias sapienciales extrabíblicas, lo que se verifica

60 *O. c.*, p. 318. Von Rad advierte que en la exposición de la sabiduría popular griega que nos ofrece Hesíodo en *«Los trabajos y los días»* el aspecto religioso es mucho más neto y preciso. *O. c.*, p. 124.

61 Cf. Pié y Ninot, *o. c.*, p. 72.

62 *O. c.*, p. 120. Cf. Prov 10, 12.19; 12, 13; 17, 9.19; 28, 2.13.24, etc.

Universidad Pontificia de Salamanca

también en las sentencias en las que no aparece el nombre de Yahvé. Es a ese orden al que el hombre tiene que acomodar su conducta.

La fundamentación más profunda de las sentencias de sabiduría humana de los sabios de Israel se encuentra, por tanto, en las peculiares condiciones del pueblo escogido. Israel tuvo primero la experiencia de Yahvé como libertador de la esclavitud egipcia y su legislador en el monte Sinaí, lo que le constituyó en el pueblo teocrático que reflejan los libros históricos y proféticos. Después descubrió —le fue revelado— que Yahvé es el Dios del universo y quien ha establecido el orden conforme al cual tienen lugar las cosas en el mundo [63]; muy en consonancia con esa fe añade a su literatura sagrada, histórica y profética, colecciones de sentencias de sabiduría humana (literatura sapiencial más primitiva) cuyo fundamento se encontraba en el orden inmanente del mundo, y en último término en Dios, autor de ese orden; en realidad, la sabiduría humana de los sabios nunca fue puramente profana. El pragmatismo que parecen reflejar los consejos de los sabios no coincide con nuestro utilitarismo: ellos dan normas para conducirse con acierto en las diversas circunstancias en orden a obtener una vida feliz y próspera, que sería la motivación próxima; pero basadas en el orden establecido por Dios al que el hombre ha de acomodarse, y que sería la motivación última y definitiva [64].

63 «La experiencia religiosa (de Israel) era ante todo una experiencia salvífica, y toda su idea de Dios se apoyaba sobre una experiencia de ese mismo Dios. Se fundaba sobre los hechos de la historia de la salvación, en el hecho de que Dios estaba próximo a su pueblo. Más tarde va tomando cuerpo en una reflexión ulterior la conciencia de las relaciones entre Creador y creatura. La Biblia no se alza de la filosofía a la teología, sino que partiendo de la experiencia religiosa, de la convicción de pertenecer al pueblo de Dios, de la plena conciencia de ser el pueblo elegido, llega mediante reflexiones posteriores a conclusiones precisas sobre el ser, el cosmos y la creación» (P. Drijvers, *Los Salmos* (Herder, Barcelona 1964) p. 90.

64 «Según la convicción de los sabios, Yahvé ha delegado tanta verdad en la creación, estaba El tan presente en ella, que el hombre da con un sólido asiento ético cuando aprende a leer en esas ordenanzas de la creación y acomoda su conducta a las experiencias adquiridas... Si la experiencia enseñaba el conocimiento de ordenaciones, entonces enseñaba verdades últimas, verdades concernientes a Dios» (Von Rad, *o. c.*, p. 125).

Von Rad interpreta Prov 8, 22 ss. no de la Sabiduría sino del orden primigenio inmanente en el mundo. Es éste quien se autorrevela e interpela al hombre a que acomode su vida a ese orden establecido por Dios. Se funda en la literatura egipcia en la que las divinidades egipcias hacen proclamaciones parecidas a la de nuestro texto. Y en concreto en la presentación de una divinidad que ama entrañablemente a la «Maat», presentada como niña, hija suya que abraza a esa divinidad (Cf. la interpretación de 8,30 en el sentido de las versiones de Aquila, Símaco y Teodoción que en lugar de «*'môn*», arquitecto, leen «*'mûn*», participio

Universidad Pontificia de Salamanca

5.—Conclusiones de la Primera Parte:

Aportación peculiar de los sabios a la Historia Salutis.

a) Tras la caída del imperio teocrático, asistimos a un proceso que nosotros llamaríamos hoy «secularización». Fue provocado por la misma autonomía de la razón que un día hubieron de descubrir los intelectuales de Israel, y por el contacto con los otros pueblos, culturalmente superiores, que dominaron sobre el pueblo escogido en la época sapiencial y que a veces, como en el caso de los Seléucidas de Siria, quisieron imponerle su cultura. Es una época de reflexión en la que los sabios de Israel, por una parte descubren el valor y autonomía de la razón, la cual a su vez capta el valor de las cosas en sí mismas y se emancipa de la creencia de que todo conocimiento y norma ha de venir directa e inmediatamente de Dios; con lo que se desliga de una concepción puramente sacral. Por otra, atentos a los nuevos tiempos, se esfuerzan por armonizar la fe yahvista con las nuevas e inevitables realidades, sobre todo en la época posterior con las de la cultura pagana helénica; tratan de vivificar los valores humanos, expresados en máximas de sabiduría práctica, e incorporarlos a la tradición israelita.

A los Profetas, aquellos hombres carismáticos que son expresamente llamados por Dios y reciben de él la predicación que proclaman como voceros suyos, que predican con autoridad y apasionamiento los designios de Dios viniendo a ser piedra de escándalo y, por lo mismo, de persecución, que se esforzaron por mantener al pueblo en el cumplimiento de la Alianza intimándolo constantemente a la conversión, suceden ahora los Sabios, hombres observadores, estudiosos y reflexivos, que deducen sus enseñanzas, sobre todo en la primera etapa, de la experiencia; que proponen, por lo mismo, unas enseñanzas más

pasivo de «*'âman*»: llevar en brazos, criar, amamantar y por tanto «niño mimado, discípulo, aprendiz». Ahora bien, la «Maat» egipcia, concepto central de la sabiduría egipcia, personifica el derecho, la justicia, el orden primigenio, el orden mundial. Cf. *o. c.*, pp. 199-228. Opinamos que el autor de Prov 8, 22 ss. podría haberse inspirado en la literatura egipcia, pero habida cuenta de que pertenece a la Introducción que debió ser compuesta en el s. IV, y arguye una clara sacralización como veremos en la parte segunda de este trabajo, creemos que supera lo del orden primigenio, que es efecto de la acción de Dios llevada a cabo con la intervención o asistencia de la Sabiduría, y que se remonta a la Sabiduría misma de Dios, iniciándose un proceso de exaltación misteriosa de la Sabiduría que se continuará en las perícopas sapienciales de Sir 24 y Sb.

Se advierte una cierta coincidencia con el fundamento de la ética racional y el sentido de los preceptos morales del confucionismo chino: el hombre debe acomodarse en todo su obrar al orden eterno del mundo.

Universidad Pontificia de Salamanca

profanas y universales y las presentan en forma de consejos y sentencias, de comparaciones y enigmas, con el fin de reclamar la atención de los oyentes y llevarlos a la reflexión y convicciones personales.

Von Rad escribe a este propósito: «Si entendemos la palabra *Aufklärung* en el sentido aportado por la conocidísima definición de Kant —salida del hombre de su minoría de edad—, habría que pensar que también en Israel esa mayoría de edad estuvo constituida ante todo por un encuentro crítico con todo el mundo de la experiencia, sus módulos y sus leyes. El pensamiento entró en una forma nueva de responsabilidad. Y es claro que también la fe en Yahvéh, que vivía tan intensamente de las experiencias de una presencia divina inmediata, tuvo que expresarse de forma nueva ante ese nuevo sentido crítico. La realidad hubo de desembarazarse del cobijo que le proporcionaba el sacro orden patriarcal. Fue profundamente sumergida en su propia "mundanidad"» [65].

b) Con ello los Sabios de Israel realizan una asunción de los valores humanos —prácticamente todos ellos encuentran expresión en el conjunto de sentencias de sabiduría humana—, que son comunes a los otros pueblos (recuerda la colección de los sabios, Prov 22, 17-24, 22, inspirada en la Enseñanza de Amen-em-opet), y que se incorporan al acervo cultural religioso de Israel llegando a formar parte de su literatura canónica. De este modo el pueblo israelita sale de sus reductos —la Ley, la Alianza, el Templo— y se abre a perspectivas universalistas, preparando bajo este aspecto los tiempos mesiánicos que se iban acercando. A partir de ahora, y por obra de los sabios, en el concepto de hombre ideal habrá que integrar, junto al factor religioso, el conjunto de virtudes humanas que constituyen, como ya dijimos, el hombre «honrado».

Tenemos ya la línea que indicará San Pablo en Fil 4, 8, cuando escribe: «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto esa virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenerlo en cuenta». Y la del Concilio Vaticano II, cuando dirigiéndose a quienes corresponde en la nueva economía el papel de los profetas y los sabios del Antiguo Testamento, recomienda un conjunto de virtudes humanas como «la bondad de corazón, la sinceridad, la fortaleza de alma y la constancia, y el continuo afán de

65 *O. c.*, p. 131 s.

Universidad Pontificia de Salamanca

justicia, la urbanidad y otras», citando a continuación el texto indicado de San Pablo [66].

Podemos afirmar que «el ministerio de los sabios consistió en reprender, corregir e instruir. Y la materia de la que se ocupaban cubría todo el dominio de la conducta humana. Estudiaron al hombre como hombre a la luz de la razón, de la revelación y de la experiencia; en este sentido pueden llamarse filósofos. Se interesaron grandemente en el conocimiento acerca de Dios y del hombre; en este sentido pueden llamarse intelectuales. Se ocuparon de la vida del hombre en su conjunto y de su conducta, tanto de lo humano como de lo divino; en este sentido pueden llamarse humanistas. Se les llamó también individualistas porque dieron sus propias opiniones sobre multitud de materias apelando raramente a la autoridad de la divina revelación o a la autoridad de otros sabios. Sin embargo, nunca dieron a la razón la preeminencia dada por los filósofos, ni al puro conocimiento la adulación prestada por los intelectuales. El lado humano de la vida del hombre fue importante para ellos, pero nunca menospreciaron la importancia del lado divino. Y aunque pensaron que sus palabras eran definitivas respecto de la conducta humana, fueron también los primeros en insistir que la palabra de Dios era la primera y la última» (P. F. Ellis) [67].

Concluyendo esta primera parte [68]: Los Sabios de Israel asumen la ciencia o sabiduría humana, pero no prescinden del sentido religioso. Se emancipa la razón, pero dentro del ámbito de Dios a quien se reconoce como señor de la creación y de la historia humana. Dicho en otros términos, la secularización de los Sabios fue una secularización lógica y correcta, no un «secularismo» que implicase la negación de Dios.

(Continuará)

GABRIEL PEREZ

66 Decreto *Praesbyterorum Ordinis*, n. 3.

67 *O. c.*, p. 53. Y añade: «Y también que el principio de la Sabiduría es el temor de Dios». Pero esto pertenece al proceso de sacralización posterior.

68 Reservamos para el siguiente número de *Salmanticensis* la Segunda Parte que llevará como título «La sabiduría religiosa de los Sabios de Israel» (proceso de sacralización).

Universidad Pontificia de Salamanca